

Hormigas

Escribo esto mientras escucho sus garras contra las ventanas. Siento como arañan la puerta y escarban las paredes. Me produce un magro consuelo pensar que sus dedos van a sangrar a medida que tratan de abrirse paso. Pese a esta escalofriante cacofonía que se produce a mí alrededor, voy a tratar de relatar cómo he llegado hasta este punto.

Nadie sabe de dónde salieron. Muchos dicen que vinieron de las estrellas, ya que son altos y pálidos como los extraterrestres; otros piensan que se escaparon de algún laboratorio o que son vampiros enviados por Dios para castigarnos. La más racional afirma que su palidez se debe a que emergieron de las profundidades de la Tierra y por eso no toleran la luz del Sol.

Aparecieron en un país que ya no existe. Primero hubo fotos borrosas y rumores de figuras extrañas. Siempre por la noche. Luego aparecieron en otros países, pero, más allá de los fanáticos de las teorías conspirativas, nadie les prestó mucha atención.

Hasta que las personas comenzaron a desaparecer.

Los medios reportaron el asunto, pero nadie realmente se preocupaba. Les apodamos "hormigas" porque vivían bajo tierra y devoraban todo ser vivo que se pusiera en su camino. Sin embargo, la humanidad siguió con su existencia. Todos nos guarecimos en nuestros hogares. La gente seguía saliendo de día y por la noche se guardaba en su casa. Pronto esto pasaría y la vida volvería a la normalidad. No es como que nos fuera a pasar a nosotros, ¿verdad?

En pocos meses, todo empeoró. Solo los trabajadores esenciales podían salir y los demás nos teníamos que quedar en nuestras casas y sobrevivir con las raciones que se repartían. Se abrió una grieta entre los que querían sobrevivir a las "hormigas" y quienes morían de hambre. Comenzaron las protestas y los saqueos. Las fuerzas, frustradas por no poder vencer a las "hormigas", se volvieron brutales contra la gente. Recuerdo ver cómo apilaban los restos humanos que dejaban las "hormigas" junto con los asesinados por desobedecer las leyes. Los cementerios estaban colapsados y dejaban los

cadáveres pudriéndose en las calles. Los pocos animales que quedaban se alimentaban de los restos que, eventualmente, se quemaban cuando el hedor era insufrible. Varios gobernantes alegaban que, si eran tan estúpidos como para salir, merecían morir. Progresivamente, las comunicaciones con otros países cesaron, los servicios públicos dejaron de funcionar y la comida escaseaba. Lentamente se fue naturalizando una anarquía global.

Nos adaptamos a convivir con las “hormigas” como pudimos. El Sol se convirtió en nuestro principal aliado. De día tratábamos de buscar comida, juntar agua, comerciar y cultivar. Lamentablemente, el día también trajo aparejado a los que preferían tomar por la fuerza. Y así, el individualismo comenzó a regir.

Nunca me consideré una mala persona. Era trabajador y solitario, pero nunca hice daño a nadie. Disfrutaba la paz y la rutina que trajo aparejada la crisis. Vivía solo en una casa bien protegida y con una huerta en mi jardín trasero.

Las noches de lluvia eran noches de calma, ya que a las “hormigas” les cuesta seguir los sonidos con el repiqueteo de las gotas. Una noche lluviosa, mientras disfrutaba ver las gotas caer, vi salir a una mujer desde la casa que estaba enfrente de la mía y que, hasta hace unos días atrás, estaba abandonada. Yo noté su presencia, pero decidí no establecer contacto por una cuestión de seguridad. Nuestras miradas se cruzaron con desconfianza en varias ocasiones, pero no pasó más que eso. La había visto salir durante el día y volver con su mochila llena, lo cual me parecía muy sospechoso. Con el tiempo, mi trastornada mente había empezado a pensar que probablemente salía para acostarse con alguien a cambio de comida o robaba las casas de otros mientras no estaban. Con el paso del tiempo, mi paranoia alimentó un odio irrisorio hacia ella.

Horas después de que saliera, la mujer golpeó mi puerta gritando por auxilio. Miré por la ventana y le vi un corte en la pierna que todavía sangraba. Las “hormigas” tenían un excelente olfato y probablemente se estaban acercando. Me había irritado sobremanera que viniera a mi casa y no a la suya. “Claro”, pensé, “Que destruyan mi casa pero que la tuya quede intacta, ¿no?” por lo que le grité que volviera a su hogar. La mujer lloraba desesperada y suplicaba que le abriera, pero no cedí. Estaba seguro que las “hormigas” estaban cada vez más cerca, pero ella no se iba a su casa, seguía llorando y gritando por

ayuda. Yo no lo entendía, solo tenía que cruzar la calle y estaría a salvo. Harto de sus gritos, me acerqué al picaporte, pero fue demasiado tarde. Escuché un grito de horror y el sonido gutural que emiten las “hormigas”. Comencé a temblar mientras me alejaba de la ventana para no ver lo que pasaba, me tapé los oídos, pero aún escuchaba sus gritos. Sentí que había pasado una eternidad cuando finalmente me di cuenta del silencio aplastante que se sumía a mí alrededor. Afuera, el sol brillaba.

Abrí la puerta y solo vi un manchón de sangre, a pocos metros estaba su mochila rota, pero ni rastros de ella. La culpa que sentía me estrujaba el corazón. Agarré la mochila y descubrí que solo había un medicamento para la fiebre. Crucé la calle para ir a su casa, quizá hubiera alguna información sobre alguien que la conociera y yo pudiera contarle lo que pasó a modo de expiar mi culpa. Agarré el picaporte y a mis oídos llegó un sonido que hizo que lo que quedaba de mi alma se partiera en mil pedazos. El llanto de un bebé.

Es por eso que ahora soy yo el que salió esta noche de lluvia a buscar comida. Y el destino quiso que esta noche fuera yo quien tuviera que refugiarse en una casa abandonada. Por suerte, el niño está en manos de una familia que lo ama y yo tan solo me dedico a conseguirles lo que necesiten. Espero que quien lea estas palabras se encuentre en un mundo mejor que éste o que, de lo contrario, ayude a hacerlo un lugar mejor.

La ventana ya se ha roto. Ahí vienen...

Ignacio Villanueva

Estudiante de Lic. en Letras

Sede Andina UNRN

Septiembre 2020